



NO SE HA ESCRITO TODA LA HISTORIA

**Discurso del doctor Oscar Arias Sánchez,
presidente de la República de Costa Rica,
pronunciado en la Universidad del
Estado de Kansas, el 21
de setiembre de 1987.**



NO SE
HA ESCRITO
TODA LA HISTORIA

LA META MAS QUERIDA

La América Latina de 1987 es muy diferente, en realidad es y en expectativas, a la de hace apenas un lustro.

Para los pueblos latinoamericanos la meta más querida es lograr que el retorno a la democracia se extienda y se robustezca. Muy altos han sido los costos que, en todos los órdenes de la vida, hemos debido pagar por los regímenes autoritarios. La caída de cada déspota, ha dejado al descubierto una estela de sufrimiento, de tortura, de destierro y de abusos, que marcan otra profunda cicatriz en el rostro de América.

La crisis económica de estos años contribuyó, de alguna manera, a la caída de varias dictaduras; pero, al mismo tiempo, se ha transformado en uno de los principales obstáculos que impiden a los regímenes democráticos emergentes establecerse de manera firme. Como es natural, mayores grados de libertad permiten una mejor articulación de las demandas de distintos sectores, sean éstos los trabajadores o los empresarios. Esto es especialmente válido para los grupos más reprimidos durante los regímenes militares y sobre los que siempre recayeron las mayores privaciones económicas y políticas, grupos a los cuales es difícil demandar más paciencia y más sacrificio.

Nadie que hoy siga de cerca el proceso latinoamericano, puede ignorar que las democracias de América están imponiendo en sus territorios las condiciones de austeridad más severas de la historia económica moderna. Muchas veces estas restricciones se imponen en nombre de la democracia, casi como el precio que es necesario pagar para que ésta sobreviva.

El período previsible para la aplicación de restricciones económicas, es lo suficientemente largo como para pensar que peligra de veras la consolidación de los sistemas democráticos. En las actuales condiciones de desarrollo económico, parece prematuro hablar de la consolidación de una era democrática para Latinoamérica. En circunstancias tan adversas, es probable que los partidos políticos y las instituciones democráticas se deterioren rápidamente. A partir de allí, la puerta parece abierta para otras posibilidades políticas, inclusive el retorno de las dictaduras tradicionales o el establecimiento de otras peores.

Para mí es un honor hablar en este foro. Un siglo de política libertaria encierra el nombre de esta conferencia. Durante muchos años habrá de proyectarse hacia el futuro, como ejemplo para miles y miles de jóvenes.

DESARROLLO Y PAZ

Desarrollo y paz son temas inseparables. El subdesarrollo y la miseria generalizada de los pueblos son terreno fértil para la violencia. La paz interna y externa de una nación estará siempre vinculada a su capacidad para generar riqueza y para distribuirla de modo que las necesidades básicas de todos puedan satisfacerse. Nada obstaculiza más la lucha por alcanzar el desarrollo, que la paz esté amenazada. Un clima de guerra y de violencia alejará al inversionista.

Cuando se trabaja en una sociedad pobre, es muy difícil crear las condiciones propicias para el desarrollo. Es injusto que, cuando se logran crear esas condiciones -como en el caso de mi país- las amenazas del exterior se transforman en barreras para el crecimiento. Esta es la situación de Costa Rica, que lucha por aumentar un desarrollo alcanzado en paz y siente los efectos externos de una guerra que no le concierne. Por eso, he dicho repetidas veces que los problemas de Centroamérica son parte de los problemas de Costa Rica, pero que Costa Rica no es parte de los problemas de Centroamérica. Por esta razón, y porque detener la guerra es un imperativo de la moral y de la historia, nos hemos propuesto luchar por la paz de esta parte de América. No queremos que la guerra cruce nuestras fronteras porque no queremos renunciar al desarrollo.

Pensamos que la paz interna y la externa sólo podrán lograrse en nuestra América si en todos los países prevalece la democracia, si en ellos impera la libertad. No habrá paz en pueblos ni en regiones mientras continúe enmudecida la prensa, censurada la libre emisión del pensamiento, perseguido el opositor, acallado el púlpito, mancillada la urna electoral o sujeta la sociedad civil a la arrogancia de las bayonetas. Por esas aberraciones, Cuba, Chile, Nicaragua y Paraguay son obstáculos para la paz de América, y por eso debemos luchar para que tales regímenes cambien. A todos ellos deberían aplicárseles las mismas presiones diplomáticas.

UN TRATO INTERNACIONAL DISTINTO

Cada nuevo presidente que asume el poder en América Latina reclama con energía un trato internacional distinto. Hasta ahora, es poco lo que se ha logrado. Las ventajas obtenidas han favorecido sólo a los países más poderosos de la región. El apoyo político internacional en favor del establecimiento de regímenes democráticos no está acompañado de la misma buena voluntad en el campo económico. Esto se evidencia de modo más claro en que algunas de las dictaduras subsistentes en América Latina reciben un trato económico internacional superior al de muchas de sus democracias.

Los años que vienen se caracterizarán, en lo político, por la lucha para obtener espacio económico adecuado al desarrollo democrático y a su robustecimiento. El mundo industrializado parece no compartir la dramática importancia de esta perspectiva.

Cuando asumí la Presidencia de Costa Rica hablé de la necesidad de crear una alianza para la libertad y la democracia en las Américas. El gobierno democrático es el único camino para liberarnos de la miseria, la dependencia y la guerra. No debe haber lugar para los tiranos en nuestro Continente porque amenazan la paz, porque violan los derechos del hombre. Hablar de una alianza para la libertad y la democracia en las Américas también supone un trato económico diferente. Exige darle un sitio de privilegio a ese gran logro político que es la libertad, por encima de consideraciones económicas de corto plazo, tanto en materia de deuda externa como de comercio internacional.

LA AMENAZA DE LA GUERRA

Hay una realidad insoslayable en la región centroamericana, que concierne a la guerra y la paz y que influye decisivamente en su quehacer político y económico.

Cualquiera que sea el enfoque escogido para analizar Centroamérica, la amenaza de guerra es una posibilidad inminente. Esto aumenta la incertidumbre política y económica. Mientras en algunos países de América Latina es posible hablar hoy de control de gastos militares, en la mayoría de las naciones de América Central se está imponiendo la carrera armamentista. Algunas de las repúblicas sufren el flagelo de la guerrilla, y ésta se ubica, al menos parcialmente, en el contexto del enfrentamiento entre el Este y el Oeste.

En épocas anteriores se hablaba de darles preferencia a los esfuerzos de desarrollo de Centroamérica, por ser un conjunto de países de menor desarrollo relativo. Hoy se habla de privilegiarlos para evitar la conflagración. En ese contexto, todos parecen pensar que la guerra es posible y probable: unos, que es inevitable y necesaria; otros, que sería injusta y estéril y que puede y debe evitarse.

Esta disyuntiva de guerra y paz, unida a los rezagos en el campo económico y social, es la que ha conducido a la comunidad internacional a poner especial atención en Centroamérica.

LA REACTIVACION ECONOMICA

La necesidad de apoyar los esfuerzos por encontrar caminos de reactivación económica parece ser más urgente. En la práctica, Centroamérica no está recibiendo trato privilegiado alguno. No hay para ella créditos blandos, ni ventajas comerciales, ni condiciones especiales para renegociar la deuda externa. El diálogo económico internacional se ha desequilibrado en desmedro de nuestros países. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la banca privada y otras organizaciones de desarrollo, coordinan acciones para imponer condiciones económicas a veces demasiado rigurosas, con indiferencia ante el drama político y social que vivimos. Esos organismos actúan como si ellos mismos no tuviesen responsabilidad alguna ante la historia.

Hace unos años, en Latinoamérica el desarrollo parecía definirse como el camino para alcanzar los niveles de vida de las naciones industrializadas. Esto se lograría con la industrialización de nuestros países. Por ese camino, si bien se produjo un desarrollo acelerado durante algún tiempo, no se obtuvieron los resultados esperados. La brecha entre el mundo rico y el mundo pobre continuó ensanchándose. Hablamos, entonces, de la necesidad del nuevo diálogo Norte-Sur. Nos preguntamos cómo conseguir mejores precios para los productos de nuestros países, cómo tener acceso más amplio al crédito en condiciones favorables y cómo aprovechar los avances tecnológicos. Ese nuevo diálogo pretendía lograr una mejor comprensión entre las naciones, basada en la cooperación, basada en el reconocimiento de que era justo hacer concesiones en favor de los más débiles. No fue mucho lo que pudimos avanzar por esa ruta.

En estos días pareciera que la competencia es el instrumento principal para definir la forma como deben relacionarse los países. Se presiona con insistencia a naciones pequeñas y medianas para que abran sus mercados, para que dejen de proteger a sus empresas en nombre de la eficiencia. Esto produce incertidumbre y un gran temor, pues la consecuencia inmediata podría ser un aumento de las tasas de desempleo, susceptible de poner en peligro la frágil paz social de muchas naciones hermanas de América Latina.

La incertidumbre se acentúa, a su vez, con proteccionismo de los países desarrollados, innecesario sobre todo cuando está en curso una revolución tecnológica para la cual América Latina no parece, en general, estar preparada. Mucho se ha hablado en estos años de la "robotización", la biotecnología y la ingeniería genética, de la revolución de la cerámica y de otros materiales livianos, y del control de los procesos productivos por medio de las computadoras. Algunos países industrializados han podido introducir o están introduciendo, con ventaja, estos avances en sus procesos productivos.

Los años futuros pueden ser aún de mayor disparidad entre el Norte y el Sur, si no encontramos respuesta adecuada a estos retos.

COMPROMISO CON LOS MAS NECESITADOS

En Costa Rica estamos comprometidos con cambios importantes para hacer más eficiente nuestra economía.

Buscamos aumentar la competitividad de nuestros productos en los mercados internacionales; buscamos mejorar significativamente, la productividad de nuestros recursos y la eficiencia con que los utilizamos; buscamos crecer sobre la base de nuestro propio esfuerzo porque queremos ser socios responsables en la economía mundial.

Estamos comprometidos a seguir un camino propio, que nos permita preservar y apuntalar las conquistas de magnitud histórica logradas en nuestro desarrollo social y en nuestra democracia política. Nos enorgullecemos de ser un país sin ejército; un país donde el diálogo prevalece sobre la violencia; un país donde los requerimientos básicos de los más necesitados tienen prioridad sobre las demandas suntuarias de los más afortunados.

Estos compromisos no se contraponen el uno al otro - como tantas veces se ha insinuado-, sino que se articulan en una concepción responsable y moderna del desarrollo. Vamos a construir una nueva economía con base en la actual, no sobre sus cenizas. Apoyamos a los pequeños productores. Estamos traspasando todas las empresas productivas del Estado a las cooperativas. Para vigorizar nuestra democracia, para hacerla invencible, necesitamos crear más propietarios, no más proletarios.

EL ACUERDO DE PAZ

Como lo señalé anteriormente, todo este esfuerzo será inútil si permitimos que en Centroamérica se perpetúe la violencia, se generalice la guerra. En agosto de este año, los cinco países centroamericanos firmamos un acuerdo de paz. Estamos convencidos de que, cualquiera que sea el riesgo que deba correrse en la lucha por la paz, siempre será menor que los costos irreparables de la guerra.

El plan de paz firmado en Guatemala propicia la reconciliación nacional allí donde se matan hermanos. Pedimos diálogo y pedimos amnistía. Queremos un cese del fuego lo antes posible. Queremos que se realice la democratización en un plazo perentorio. Solicitamos elecciones libres, que reflejen la auténtica voluntad de las mayorías. Demandamos la suspensión de la ayuda militar a todas las potencias que intervienen en la región. Queremos que se garantice la no utilización de territorios para agredir a otros Estados. Buscamos una reducción del armamento. Solicitamos la supervisión nacional e internacional del Grupo de Contadora y del Grupo de Apoyo, y de los Secretarios Generales de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos. Proponemos fórmulas para evaluar los progresos hacia la paz. Afirmamos que en la democracia y en la libertad hemos de retornar al desarrollo que nos permita disfrutar de una paz duradera. Estos puntos recojen años de

labor del Grupo de Contadora y expresan la fuerza de un siglo de democracia y libertad de Costa Rica.

El acuerdo de paz es un camino, es un procedimiento en que, de buena fe, nos hemos comprometido todos a trabajar por la paz. Nos hemos fijado plazos, sobre todo, queremos lograr metas comunes. Algunas cosas cumpliremos con anticipación al vencimiento de esos plazos; otras quizá demoren más. No caeremos en la trampa de quien muestra el calendario todos los días, ansioso por enterrar la última esperanza, ansioso de cerrar la última puerta para que en Centroamérica pueda prevalecer la razón, para que puedan afianzarse la reconciliación y el diálogo.

EL CAMINO DE COSTA RICA

No ignoro que las fuerzas que debemos vencer son poderosas. No ignoro que es más fácil predecir la derrota. Tampoco ignoro que cualquiera puede destruir los logros que contra toda predicción conquistamos los centroamericanos. He tomado la ruta de Costa Rica: la ruta que lleva a construir, el camino que demanda más trabajo, más imaginación, más fuerza cuando el obstáculo es más grande. Somos un pueblo sin armas y no podemos ni queremos predicar la guerra. Esto es algo que jamás haremos.

Nos enfrentamos a retos difíciles. Debemos hacer la paz y terminar con odios que reflejan muchas décadas de miseria y desesperación. Debemos construir la nueva economía sin demora, pues sin crecimiento económico será imposible la justicia social que reclaman con desesperación millones de seres humanos en el istmo de América Central.

En el camino por la paz las democracias del mundo debemos estar todas unidas. Los hombres libres del orbe debemos estar juntos. No podemos tener miedo a la libertad en esta hora. Es una hora señalada por la historia. De nosotros dependerá que las pocas páginas que quedan por escribirse en este siglo, sean de reconciliación y desarrollo, y no de destrucción y muerte.

Estoy convencido de que, a pesar de las enormes dificultades que se interponen en el camino, podemos cambiar el curso de los acontecimientos centroamericanos en forma pacífica. Todavía no se ha escrito toda la historia. Estamos obligados a escribirla nosotros. Sé que juntos podemos escribir una página muy hermosa para la paz y para el desarrollo. Nadie mejor que ustedes, hombres y mujeres de la Patria Joven de esta poderosa nación del norte, para comprender la necesidad de trabajar por la paz ahora, pues no hay tiempo que perder. Los invito a que nos ayuden a escribir esa página trascendente en la historia de Centroamérica.

